

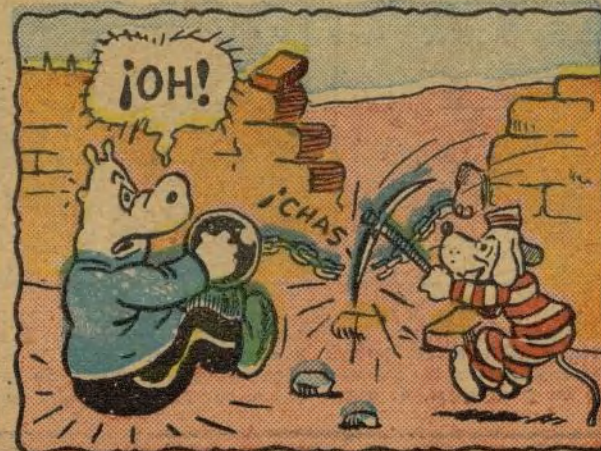
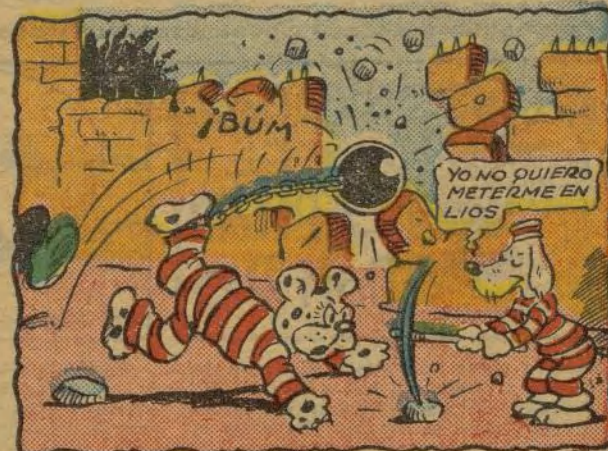
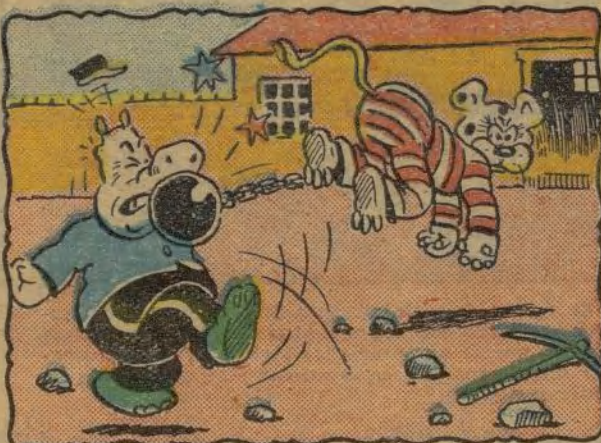
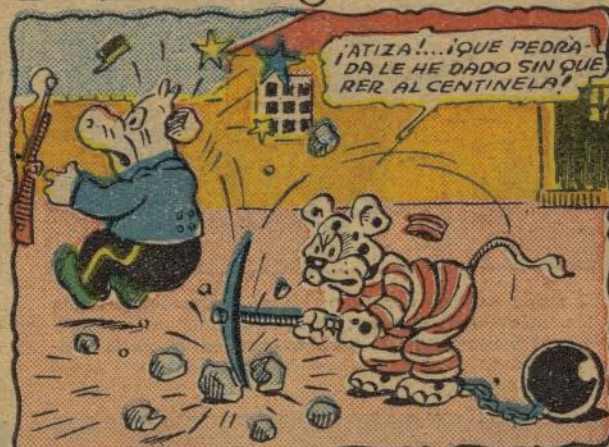


AÑO VI.—NUM. 316

MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 486
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

30 de mayo de 1935

EN LA SELVA CIVILIZADA **FUGITIVOS**



Andanzas de Miguelín

EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

UNA PROEZA
ARRIESGADA



—¿Qué vamos a hacer ahora, Miguel?, le preguntó la hija del rancho enseñándole un paquete de documentos. —Sin estos papeles el viaje de papá a la ciudad es inútil; sólo serviría para obligarle a gastar dinero y hacerle perder el día!



—¿Quizá podré alcanzarle antes de que tome el tren en la estación!, respondió el joven caballista. Dame el paquete, Maruja, que yo se lo llevaré. —¡Oh, muchas gracias, Miguelín!, replicó la muchacha. Sólo quiero que...



Sin acabar de oír la terminación de la frase, el valeroso muchacho se lanzó al galope sobre su caballo, desafiando al viento y llevando bien seguros en su bolsillo los documentos preciosos. —¡Corre, "Lucero", que perdemos el tren!", le decía a su caballito.



El noble animal correspondía generosamente a los requerimientos de su amo; pero, al divisar ya la vía férrea, vió Miguel que el tren arrancaba hacia la ciudad próxima. ¿Qué podía hacer el muchacho en aquel trance?



Por instantes el convoy se iba acercando e iba adquiriendo mayor velocidad. —¡Acaso podré llamar la atención del maquinista y conseguir que pare el tren!, pensó Miguelín lanzando su caballo a galope paralelamente a la vía.



Pero por más señas que hizo y por más que gritó, sus voces y sus gestos pasaron desapercibidos. El convoy iba acelerando su marcha, y en pocos instantes dejaba atrás a Miguelín y a su caballo, como con desdenosa arrogancia de gigante.



Entonces brotó en la mente de Miguelín una idea repentina y audaz. La puerta de uno de los coches pasaba junto a él, y quizás acercando más su caballo y lanzándolo a galope en la dirección del tren...



Se agarró frenéticamente a los pasamanos del coche, y resistió con bravura el choque del viento, que parecía querer arrancarle los brazos. Luego logró poner uno de sus pies en el estribo y se consideró vencedor y a salvo.



El granjero expresó su agradecimiento cuando Miguelín le alargó los documentos; pero no pudo reprimir su curiosidad: —¿Cómo tú en el tren?, le preguntó. Y el muchacho respondió modestamente: —Maruja me lo ha pedido, y aquí estoy!

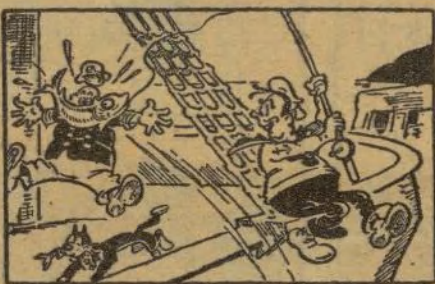
La siguiente aventura de Miguelín se titula "El cazador de osos". No dejéis de leerla el próximo jueves.



Nicanor sigue con sus aficiones a la pesca con anzuelo, sin hacer caso de las reprimendas del bueno de don Pío, su capitán. Ved aquí a Nicanor dispuesto a pescar.



Aquel día estaba Nicanor de suerte, por lo que su anzuelo tropezó con una merluza que, incauta, se tragó el cebo, y fué sacada del agua por el marinerito, que a todo esto...



...no había visto a don Pío que llegaba en aquel momento. Pero Nicanor, que es un poquito bestia, dió tal tirón de la caña, que la merluza fué a parar a la nariz de don Pío, haciéndole tambalearse.



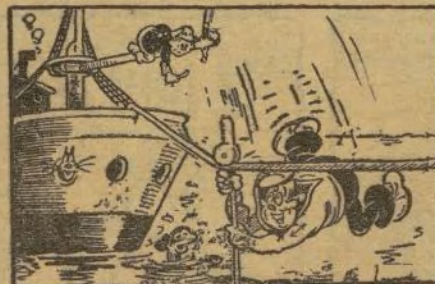
—Esta merluza me ha mareado, ladrón! —decía el patilludo capitán, mientras corría, amenazando con la pescada a Nicanor, que trepó con agilidad y con bastante gracia por una escala.



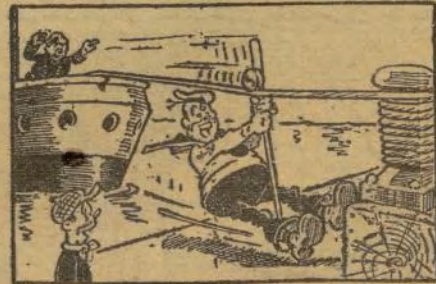
—¡No corras, salao! —continuó don Pío—. Avanza, capitán. Que con la merluza que tienes me parece que no me vas a poder seguir por este camino tan estrecho. —¡Ya me las pagarás, infame! —contestó don Pío.



Y resuelto a no dejarse tomar el cable por un simple marinerito, hizo un esfuerzo y logró llegar al final del palo, cuando ya Nicanor empezaba a deslizarse por un cabo. —Al fin y al cabo, el que manda, manda! —



...pensaba don Pío, que ya empezaba a regocijarse figurándose el batacazo que se daría el marinerito. Pero se equivocó. Nicanor tuvo la suerte de caer de forma que el carrito de su caña de pescar...



...hizo las veces de una polea, que girando sobre una maroma le condujo hasta el muelle, dejando al infeliz de don Pío con dos palmos de narices y votando a cien mil focas que pronto se las pagaría todas juntas.



Resumen de lo publicado.—Martín es un huérfano empleado en la posada de "Las dos llaves", cercana al "Castillo de los misterios". Cierta día dos hombres llegan a la posada trayendo secuestrada a una niña. Martín quiere salvarla y ve que el posadero y un marino llamado el capitán Morgan, se introducen por una puerta secreta. El muchacho los sigue.



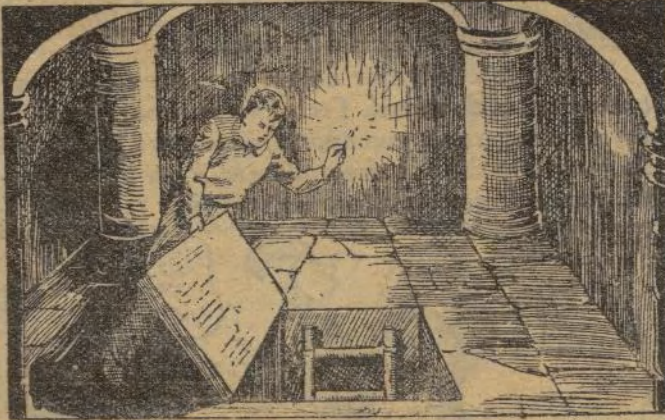
Con el corazón agitado por la emoción comenzó Martín a descender por la fría y húmeda escalera que se abría ante él, preguntándose qué extraños misterios y secretos estaría destinado a resolver. Como la oscuridad iba haciéndose más densa, encendió una cerilla con que alumbrarse.



Poco a poco fué bajando los pendientes escalones, renovando los fósforos según se iban extinguiendo. De pronto la escalera hacia un brusco recodo y desembocaba en una amplia estancia abovedada. "¡Qué extraño es todo esto!", murmuró echando una mirada a su alrededor.



A primera vista aquella estancia no tenía otra entrada ni salida que la escalera por donde Martín había bajado, y el muchacho no sabía explicarse aquello. Pero al momento sus ojos divisaron en el suelo una anilla de hierro a la que estaba atado un trozo de sogá. "¿Qué es esto?", se preguntó excitado.



La cerilla que llevaba en la mano lanzó entonces su último resplandor. Encendió Martín rápidamente otra, y se abalanzó a examinar la anilla que sobresalía en el suelo. Sus ojos se dilataron de emoción cuando advirtió que aquella anilla servía para levantar una losa del pavimento. "Tengo que averiguar si el posadero y el capitán Morgan han desaparecido por aquí", se dijo.



"¡Manos a la obra!", añadió. Y agarrando la anilla, comenzó a tirar con todas sus fuerzas. La losa cedió, y, cuando fué apartada, dejó ver una cavidad y en ella una escalera vertical de mano que descendía hasta otra estancia. Agarrándose bien y alumbrándose con otra cerilla, comenzó a bajar las gradas.



La escalera era larga y los peldaños se sucedían numerosos. Martín tuvo que redoblar su atención y cuidado para no resbalar y caer. Al fin tocó suelo firme, y paseó su mirada por la nueva estancia en que se hallaba.



La pieza estaba vacía. Martín se quedó inmóvil por unos momentos, y pudo oír un débil murmullo de voces. Mirando hacia el lado de donde venían, descubrió, al fondo de un pasillo, una recia puerta claveteada de hierro.



"De seguro que tras esa puerta está mi amo con el capitán Morgan, pensó el muchacho. ¡Quizás están con los contrabandistas de que les he oído hablar!". Por algunos instantes permaneció indeciso; pero impelido luego por la curiosidad de saber quiénes eran las personas a quienes estaba oyendo hablar, avanzó cautelosamente y, con gran cuidado, tiró de la puerta hasta abrirla unos cuantos centímetros. Miró por el resquicio y descubrió una nueva habitación, en la que siete hombres, vestidos de marinos, hablaban alrededor de una mesa, a la luz de una mortecina lámpara de aceite.

No dejéis de leer en JEROMIN el próximo jueves lo que le sucede a Martín en el subterráneo.

CONCLUSIÓN

EL CERDO MARINO CUENTO

El caballero tuvo un instante de vacilación, pero al momento se repuso, y como la lanza se había quebrado al impulso de la acometida de su



enemigo, más veloz que el pensamiento, el príncipe desenvainó su espada y, con valor indomable, arremetió gallardo contra el monstruo.

El príncipe Ahmed arremetió valientemente contra el monstruo espantable, y su acero victorioso relampagueó cien veces hundiéndose en el cuerpo de su enemigo, al tiempo que con ágiles saltos esquivaba las arremetidas del terrible engendro. Toda la noche duró la batalla sin que se rindiera el generoso mancebo, y

al nacer el sol, el monstruo había muerto, vertiendo ríos de sangre por cien heridas.

El príncipe lavó sus rasguños y, siempre arrogante, prosiguió la marcha a través de los campos desconocidos. Nada turbaba el silencio de aquellos lugares cuando de repente un árbol comenzó a hablar de esta manera: "Oyeme, príncipe Ahmed; todos los árboles que aquí ves somos personas encantadas por el genio del Mal que nos venció y que reina en estas tierras y en estos mares; si quieres salvarnos y salvarnos, pues confiamos en ti al ver cómo has vencido al capitán de las legiones del genio del mal, sigue nuestro consejo. Métete dentro de mi tronco, que está hueco. Y cuando, como todas las tardes, venga el genio del Mal a reposar junto a mí, hiérole con tu espada en medio de la frente, y morirá al instante."

El príncipe, muy extrañado, pero creyendo lo que oía, se escondió en el árbol.

A las pocas horas la tierra tembló y los árboles se agitaron, gimieron y se troncharon muchas de sus ramas. No tardó en aparecer el genio del Mal, ante cuya vista se secaban los arroyos y las plantas y morían los pájaros.

El monstruo se tendió junto al árbol en que Ahmed estaba escondido y apoyó en el tronco la disforme cabeza, no tardando en dormirse y roncar con un estrépito que atronaba el bosque.

Ahmed entonces salió del tronco del árbol, y desde lo alto se dispuso a herir en la frente al gigante; pero la rama que le soportaba se tronchó de improviso y el príncipe cayó de golpe sobre el monstruo, que se incorporó, lanzando tal alarido que abrió en dos la montaña cercana. Alzó la bestia una de sus garras des-



comunales y fué a aplastar al guerrero; pero éste era ágil como un cervatillo y esquivó el golpe de un salto prodigioso.

Y fué entonces cuando el árbol dobló las ramas y levantó en ellas amorosamente al príncipe. Y colocado de esta manera a la altura del monstruo, el príncipe le arrojó su espada, que, como un dardo, vino a herir en el centro de la frente al genio del Mal, el cual cayó convertido en ceniza. Al instante el bosque se pobló de aclamaciones y todos los árboles recobraron su figura humana, resultando ser el

árbol protector del príncipe, una hermosísima joven, que era la reina de las hadas.

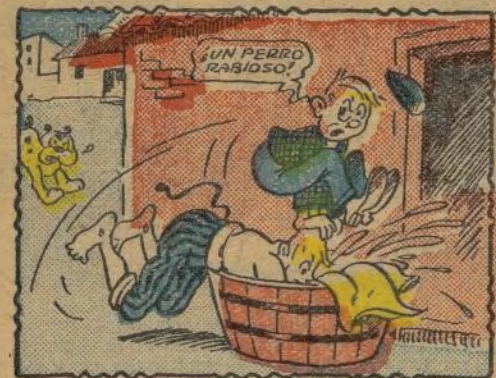
Seguido de tan brillante comitiva, el príncipe dió vista a sus barcos, encontrándose con la desagradable sorpresa de que todos los marinos habían sido convertidos en animales caseros que vinieron a agruparse en torno de su jefe implorando su protección. Pero entonces la reina de las hadas tocó a todos, uno por uno, con su varita mágica, y al instante recobraron su forma habitual. Todos estaban contentísimos. Todos menos uno de los capitanes de la flota, que aparecía mustio y cariacontecido. Ahmed se acercó y le dijo: "¿Es que no te alegras de volver a ser hombre?" Y el capitán, que había estado convertido en gallina, exclamó: "Pues, no, señor; prefería haber sido animal, porque de esta manera habría comido y bebido siempre sin trabajar".

La reina de las hadas lo había oído todo y repuso acercándose: "Cúmplase tu deseo". Y tocando con su varita prodigiosa al marino, le convirtió en cerdo, que comenzó a gruñir "guá, guá, guá".

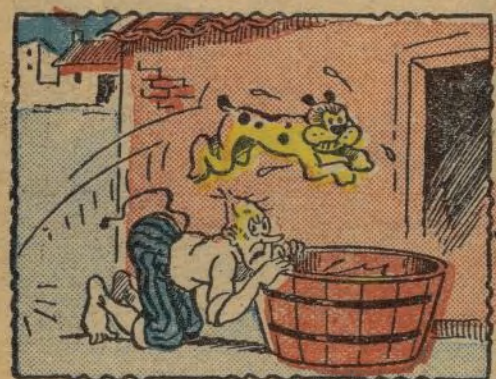
Los marineros recogieron las incalculables riquezas que atesoraban aquellas islas desconocidas, y a la mañana siguiente partieron con rumbo a su país, protegidos por la bondad de las hadas, que guiaron felizmente a los navios.

Y en las islas malditas quedó solamente un cerdo. El que había querido comer y beber siempre sin trabajar, al que podía verse sucio y famélico hozando de continuo en la playa: "Guá, guá, guá".

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



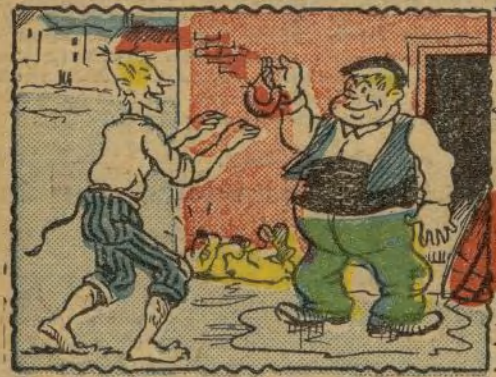
Cascarilla, aunque no sirve para nada, vale para todo. Ahora se ha colocado en una modesta casa y le han



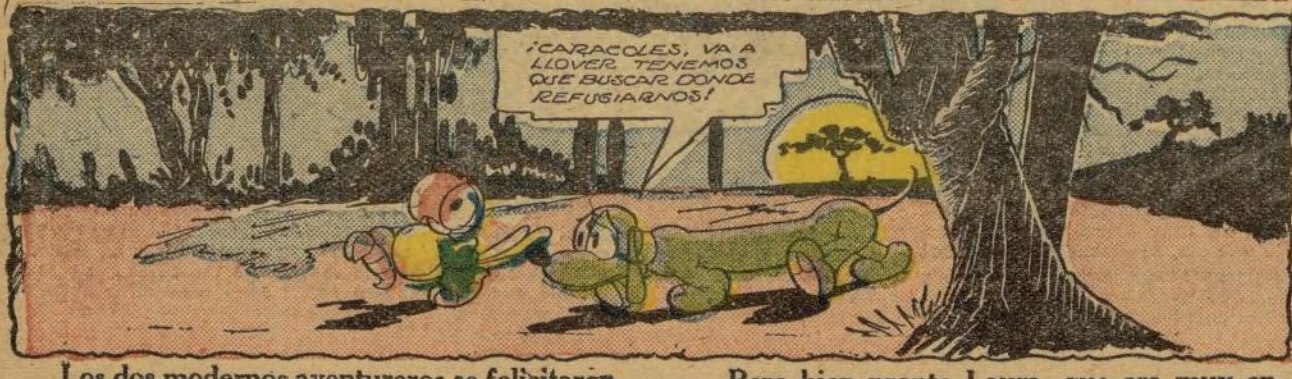
puesto a lavar la ropa. Cuando más entusiasmado estaba en su faena, vino un chico huyendo de un perro rabio-



so y saltó por encima de él, metiéndole la cabeza en el agua. Al levantarse Cascarilla, se apoyó sobre el



borde de la artesa, volcando ésta en el momento que saltaba el perro, estreñándose contra la madera. El amo gratificó a Cascarilla con un chorizo.

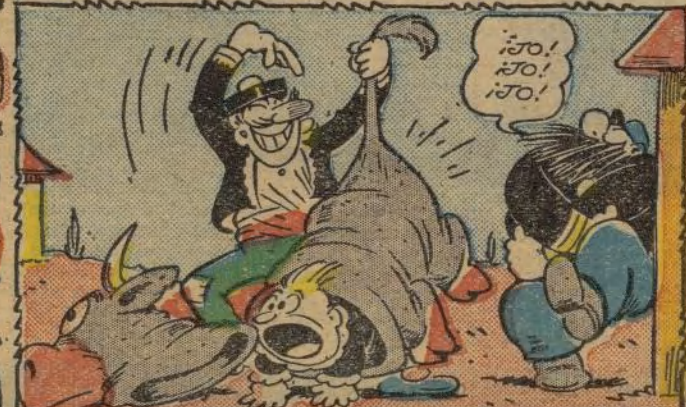


Los dos modernos aventureros se felicitaron de haberse desprendido, por fin, de su fiero enemigo Ceporrito y disfrutaron, alegres.

HAZANAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PÉRDIGÓN



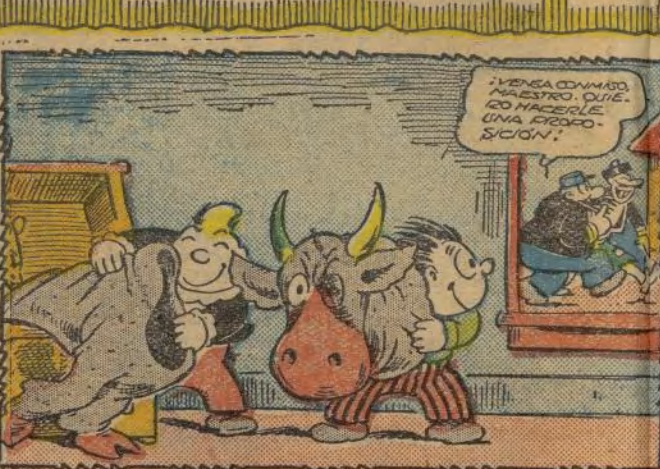
Terre-Moto, a pesar de las "recomendaciones" contundentes de mamá Tecla, no se separaba de la playa, en espera de una oportunidad para huir de la isla. Y cierto día vio desembarcar a un tipo extraño, que decía ser un torero sin trabajo.



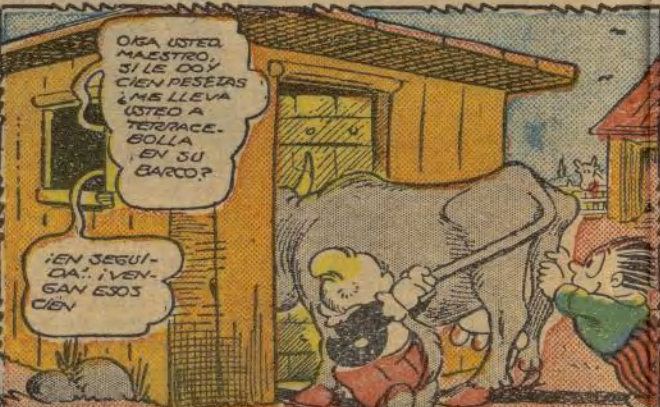
Y en un rápido giro, la estrella de la torería realizó un arriesgadísimo coleo, que tuvo por resultado el poner al exterior las "entrañas" del toro, que bien pronto comenzaron a berraquear ante la sopapina que les propinaron.



La Melania era una vaca consciente y pacífica. Pero cuando le tocaban al amor popio bullía en sus venas la sange de su bisabuela, que había sido de Miura; así es que, al chutarla el torero, arremetió contra ambos y se los cargó en un santiamén.



El capitán se quedó prendado del barco del astro de la tauromaquia, y al instante se hizo amigo del recién llegado, pensando proponerle un viaje. Los pilluelos, muy alegres de que hubiera un torero en la isla, quisieron probar sus facultades.



El capitán, al comprobar que el futuro Cagancho había sopapeado a los pilluelos, sintió crecer su amistad, y condujo a su huésped a un sitio escondido, pero no tanto que no llegasen a él los hermanos, convenciendo a la vaca Melania.



El bravo "toreador" salió a una velocidad que para sí hubiera querido Cañardo, y la Melania, siempre con la sangre de su bisabuela revuelta, le dió un testarazo a Terre-Moto que le hizo ver la Osa Mayor, la Menor y la de en medio.



Y cuando Terre-Moto conducía al torero a un sitio reservado donde hablar sin ser vistos, vieron aparecer de improviso un "toro", que a la legua denotaba su origen indígena y un sí es no es, más bien sí es, de guardarrópia.



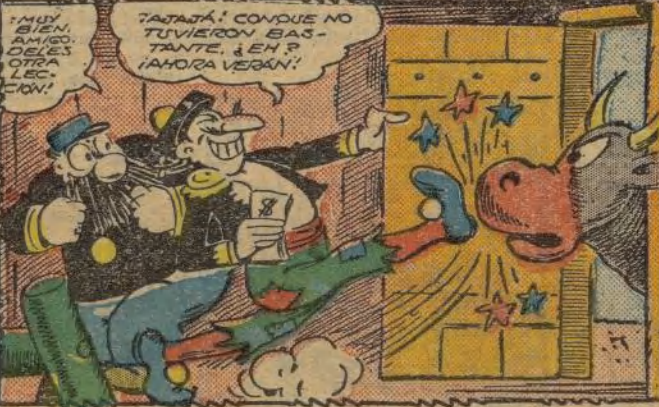
Y en el momento en que el capitán le ofrecía al moderno Reverte trescientas pesetas porque le dejase partir con él en la barca, apareció la Melania, mirando extrañadísima a los hombres. "Estos son otra vez esos mocosos" —dijo el toreador.



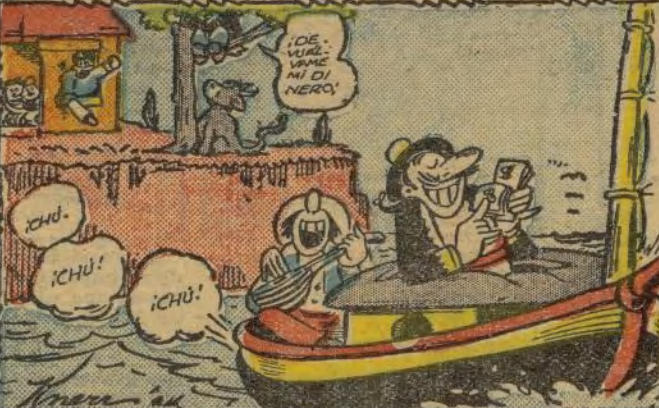
Y para que el bravo "togueo" no se molestara, le empujó suavemente por la retaguardia, quedándose en los bruidos cuernos con un pedazo de pantalón correspondiente a la parte de sentarse. La Melania se sentía Miura cien por cien.



El bravo torero, ante el asombro de Terre-Moto, que decía que aquel individuo era mejor que Bombita, comenzó a ejecutar quiebros y más quiebros, sin que le alcanzara el "toro", a pesar de que tenía peores intenciones que un alacrán cebollero.



"Duro con ellos —animó el capitán al ver que el Belmonte de vía estrecha le atizaba a la vaca un directo en los morros—. Déle otra coz de mi parte, a ver si les saca la bota por el rabo." Y, ¡pumba!, le atizaron otro "cate" a la Melania.

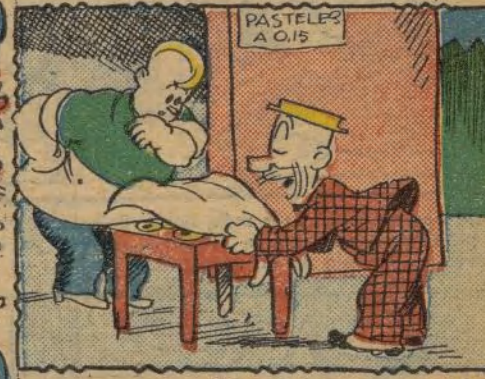


Y allá quedó Terre-Moto molido, sin las trescientas claudias y con dos peligros en puerta: la Melania, que proseguía en Miura, y mamá Tecla, que era un Santa Coloma, y para colmo de desdichas, el torero levó ancla con las pesetas (Continuará).

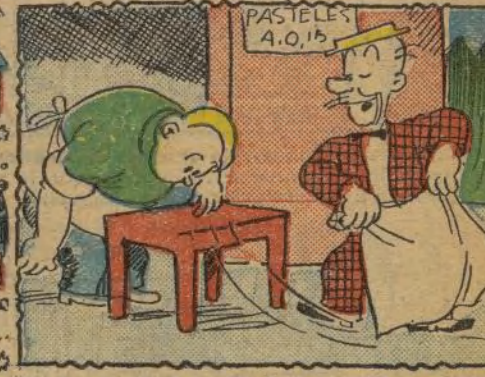
REPOLLO CARA DE BOLLO



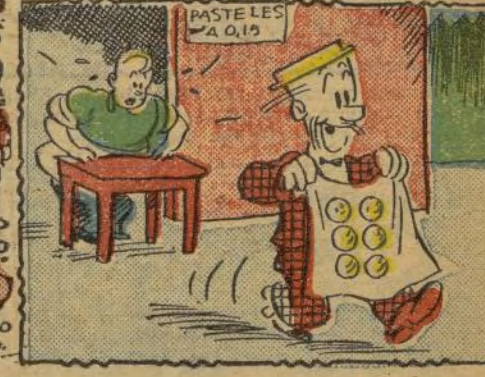
Repollo sabe dónde se coloca un hombre con un puestecito de pasteles riquísimos, y allá se fué una tarde, dis-



puesto a conquistar la golosina. "Yo soy capaz —dijo Repollo— de hacer un maravilloso juego de prestidigitación.

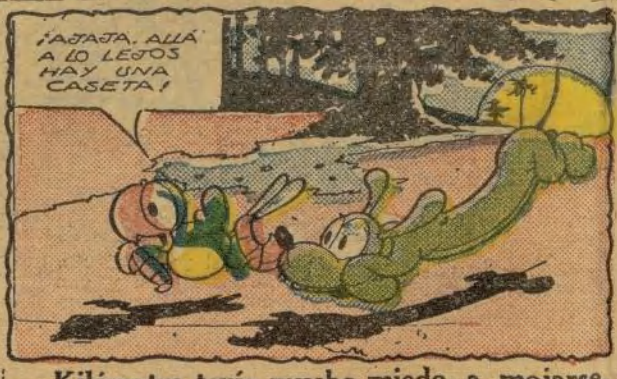


Se trata de hacer desaparecer estos pasteles". "¡A que no!" —repuso el hombre. Y Repollo puso sobre los

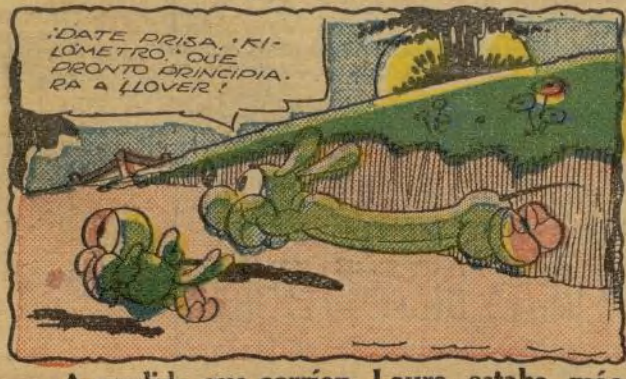


pasteles un trapo que llevaba impregnado de engrudo, y se llevó la mercancía del pobre confitero.

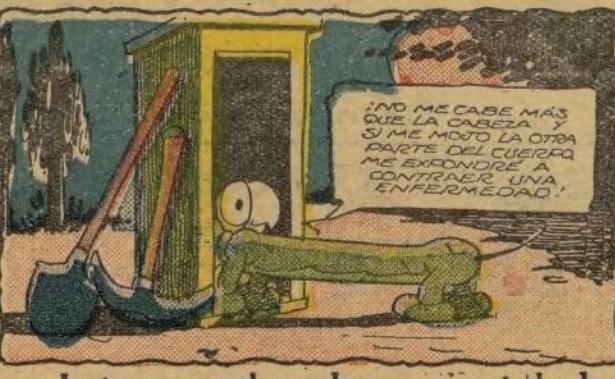
Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Kilómetro tenía mucho miedo a mojarse, porque si se arrugaba y encogía, las iba a pasar negras; por tal motivo le dieron a las tabas.



A medida que corrian, Laura estaba más segura de que se iba a organizar un zafarrancho de rayos que "pa qué" las prisas.



Junto a un verde prado, como son todos los prados antes de secarse, encontraron una gari-ta, en la que decidieron buscar refugio.



Pero el pobre Kilómetro se mojaba. Tan sólo podía cubrirse la cresta, pero el ingenio de Laura resolvió también este conflicto.

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



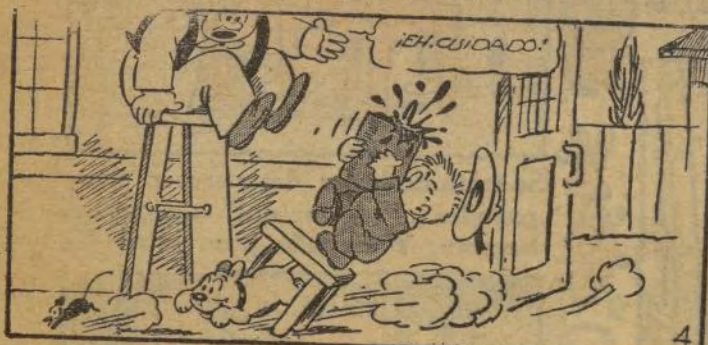
Don Simplón estuvo pensando si sería conveniente asesinar por las buenas al bestia aquel del nene; pero como le había cogido mucho cariño, le perdonó también la fechoría.



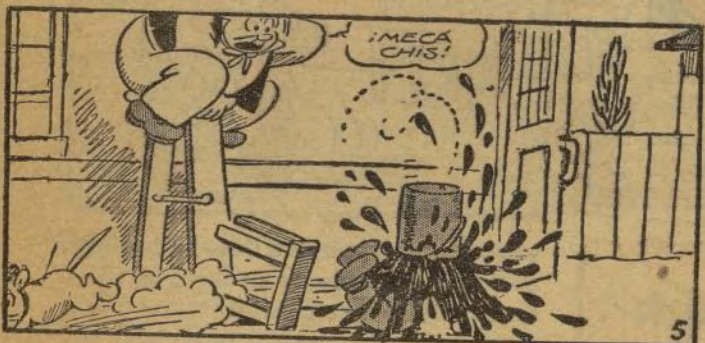
"Ya no nos manchalemos más, decía Telesforo. Fué que nos cegamos, palabla. Y no tuvo la culpa Dinamita; ya sabe usted que un tlopezón cualquiera da en la vila."



Don Simplón, muy conmovido ante las explicaciones, le puso a Telesforo un mono flamante y le invitó a que le acompañase a pintar. "Sí, señor, a mí me gusta mucho tlabajal".



"Ten cuidadito, hermoso", recomendaba don Simplón. "Descuile usted, que este tlabajito no me lo mancho ni aunque me lo mande usted. Yo sé muy bien lo que me hago".



No había concluido el bestia del nene su perorata, cuando Dinamita, que iba a ser la culpable en esta ocasión, hizo caer a Telesforo y encasquetarse todo el bote de pintura.



"Yo no fui, señor Dinamita. Fué que la tiela se constipó y comenzó a tilitar haciendo caer la manqueta". "Cállate, berzotas; que por unas u otras vas a necesitar un bazar".

... Omiquito y el nene ...



Doña Elefantona encargó a Mikito que se fuera a jugar con Elefantín y le dió un biberón para su hijito.



Elefantín era un poquito ju-guetón y empezó a convencer a Mikito de que no hay cosa mejor que jugar al corro.



Y aquí tenéis al tunante de Mikito cantando el "arroyo claro" agarrado de las manos del ingenio Elefantín.



Pero como Elefantín tenía más fuerza que Mikito y daban las vueltas con tanta velocidad, alzó a Mikito del suelo.



Y cuando iba a más velocidad, le soltó las manos y Mikito fué a parar al suelo, haciéndose migas "los pantalones".



Satisfecho Elefantín—que no era tan ingenio como parecía—le su faena, se sentó a tomarse un biberoncito.



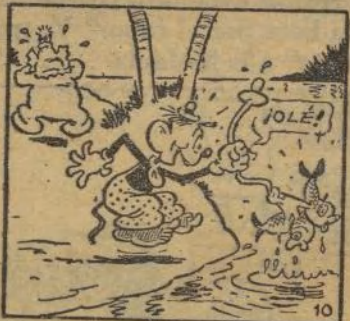
Pero como éste se había roto, tendría que conformarse con un trago de agua. Mikito le aconsejó no bebiera allí.



Elefantín no hizo caso de la recomendación de Mikito, y comenzó a succionar con todas sus fuerzas.



Cuando Elefantín se había hinchado de tragar agua, se dió cuenta de que sabía muy mal y abandonó el biberón.



que comenzó a sumergirse. Corrió Mikito a ver qué pasaba, y se encontró con una buena y sabrosa pesca.



Y corrió tras Elefantín, dándose importancia con aquella pesca, que sólo a los pulmones de Elefantín se debía.

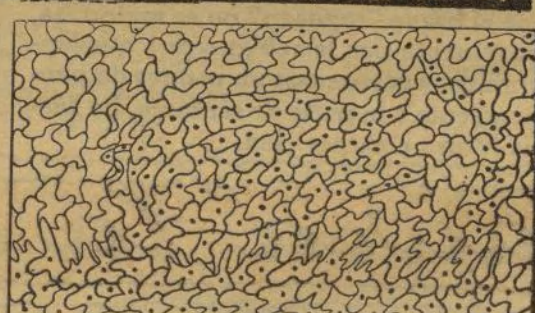


Y aquella noche cenaron juntos, comiéndose un sabrosísimo guiso que con los peces les hizo doña Elefantona.

PASATIEMPOS

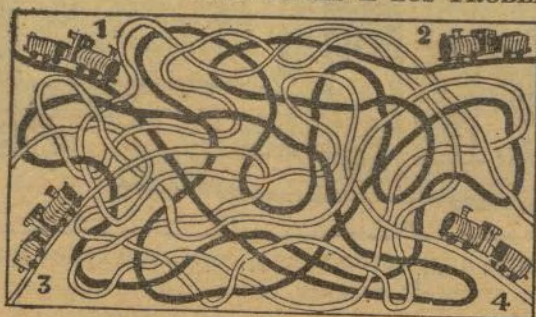


Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte un nombre de mujer.



Rellenad de negro los espacios señalados con un punto y aparecerá la silueta de un paisaje con su animal.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Como veréis, las máquinas que van por la misma vía son las números 1 y 2.

LAS MAS EMOCIONANTES
HISTORIAS DE AVENTURAS
LAS PUBLICA JEROMÍN

Colocadas las vocales que faltaban entre las consonantes resulta el rótulo que veis.

Resumen de lo publicado.— El huérfano Antonio, obligado por su tutor, el trapecista Bepo, a marcharse con él al circo Waldorf, se enteró de que se proyecta una treta contra el señor Smith.

COMPANEROS DE CIRCO



Estrella le dijo a Antonio: "El señor Waldorf piensa adelantarse al señor Smith, e instalarse en el próximo pueblo en el campo donde suele hacerlo el otro circo". Antonio decidió partir hacia el campamento del señor Smith, haciendo la caminata a pie.



La noche había cerrado; pero Antonio conocía aquella comarca palmo a palmo, y sin grandes contratiempos llegó al campamento que buscaba. "Señor Smith", gritó al divisarlo de lejos. El señor Smith miró a Antonio lleno de sorpresa.



El señor Smith se enteró detalladamente de las noticias que le traía Antonio, y llamó a su encargado general. Poco después se presentaba Mercedes. "¡Oh, Antonio!", exclamó al reconocer al muchacho. "¡Qué contenta estoy de verte otra vez por aquí!".



Antonio se sentía feliz, y sacando del bolsillo la preciosa carta que había hallado en poder de Bepo, contó a Mercedes cómo había llegado a su poder. "¡Quién ha podido escribir esto?". "Abre el sobre y lo sabrás", repuso Mercedes.



Las manos de Antonio temblaron al abrir el sobre. Momentos después lanzó una exclamación. Tenía ante sus ojos el retrato de una señora muy bella. "¡Quién es?", preguntó Mercedes. "Lo ignoro; pero yo lo averiguaré", repuso Antonio.



"¡Mercedes, tengo la seguridad de que es mi madre!" La muchacha no replicó; pero en sus ojos manifestaba su emoción y alegría. Entonces se presentó el señor Smith, que dijo al muchacho: "¡Puedes quedarte con nosotros, Antonio!".



Por un momento el joven se quedó vacilante. Por fin, replicó: "No. Tengo que volver junto a Bepo". La causa de tal decisión eran estas palabras que estaban escritas al dorso de la fotografía: "Adjunto hallarás mi anillo, querido Antonio".



Cuando Antonio regresó al circo Waldorf, su corazón latía con redoblada violencia. ¿Qué iba a suceder si Bepo había descubierto su escapatoria? Entró, por fin, en el campamento del circo, y se encontró frente a frente de su tutor. (Continuará.)

¿QUE VIENE EL GUARDA!



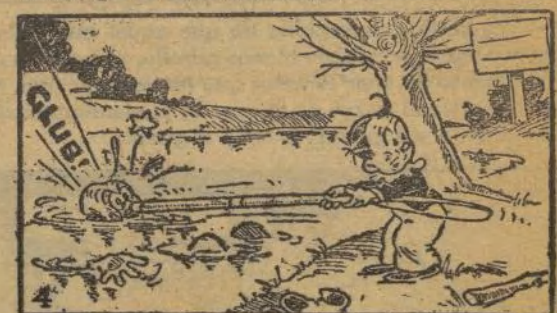
Don Bonifacio había invitado a Manolín a pasar la tarde pescando truchas. "¡Vaya ejemplar que debe de haber picado ahora, don 'Bonifacio'!", dijo Manolín. Y don "Bonifacio" se metió a ayudar al nene...



...que no tenía fuerzas suficientes para sacar la pesca. En vez de una succulenta trucha, lo que se había enganchado era un palo, y al tirar Manolín hizo perder el equilibrio a don "Bonifacio"...



...obligándole a darse un baño. Mientras el chiquillo comenzaba a desenredar el palo del anzuelo, don Bonifacio le amenazaba con un puño cerrado, que es como casi siempre se suele amenazar.



Pero ante la vista de un guarda, y como en aquel río estaba prohibido bañarse, don "Bonifacio" tuvo que dejar la venganza y zambullirse en el agua para librarse de la multa. Manolín le "atizó"...



...con la caña en la nariz, y, cuando ya el guarda hubo pasado, tuvo que ayudar a don Bonifacio a salir del agua, pues el pobre había "pescado" un reuma como para que le hicieran cartero.

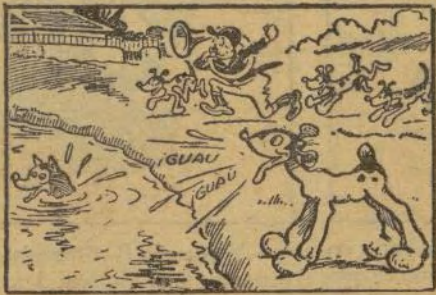
EL PERRITO VAGABUNDO



El perrito "Pelanas" se encontraba en una finca, en la que se estaba dando una cacería, y como sentía bastante apetito, ideó una jugarreta. Descolgó la cabeza disecada de un feroz lobo...



...y dándole una graciosa patada, la envió a un lago cercano al lugar en que un montero daba la comida a los perros de caza. Como los perritos esperaban darse un banquetazo, saltaban de contento,

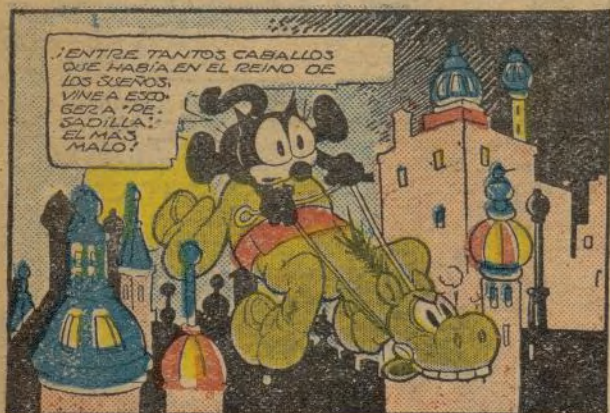


La cabeza del lobo empezó a flotar sobre el lago, y entonces "Pelanas" comenzó a ladrar con todas sus fuerzas, haciendo que acudiera el montero y toda la jauría a cazar al lobo.

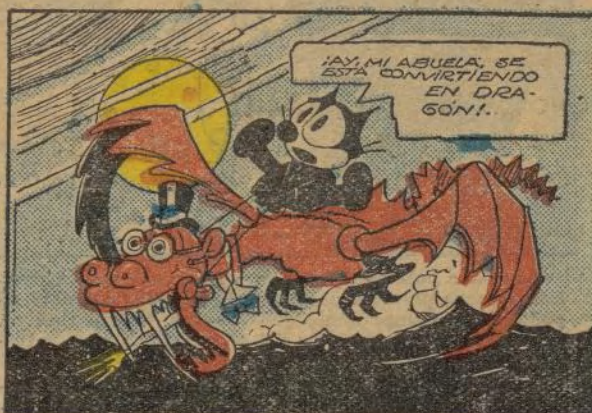


Y mientras perseguían a la disecada cabeza, el perrito "Pelanas" corrió al sitio en que había sido abandonada la bandeja de la comida y se dio el festín más grande que se registra en la historia.

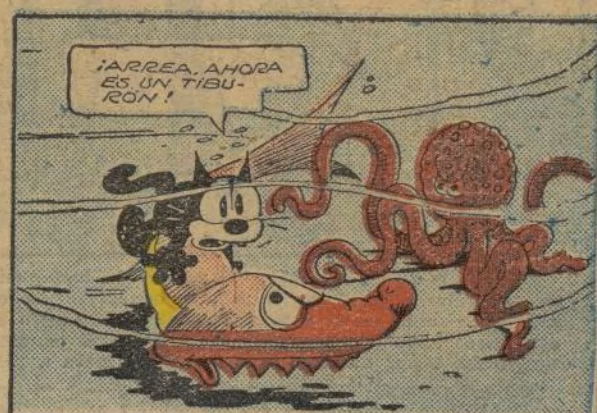
ANDANZAS DE GATO FELIX



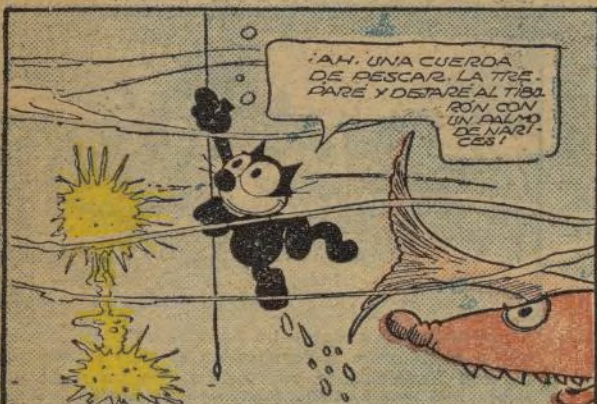
La mala estrella del gatito Félix le hizo escoger para huir a Pesadilla, el caballo maldito que había hecho pacto con el diablo y con un tío carnal suyo, que tenía un puesto de gambas a la puerta del infierno.



Pesadilla, el caballo infernal, saltaba como una paloma y volaba como un ciervo por tejados y torres. "Esto no es un caballo—pensaba Félix—, esto es un autogiro." Y de pronto, Pesadilla se convirtió en un monstruo infernal.



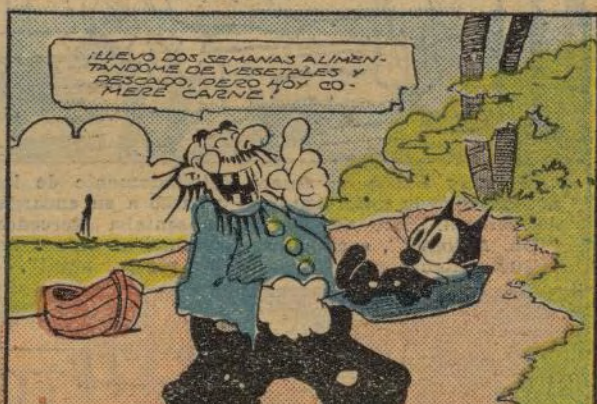
"¡Mi señora madre, y dónde me he metido!—pensó Félix, agarrándose a su montura con todas las fuerzas de sus garras—. ¿Por qué no se convertirá en una ración de percebes?" Y, ¡menudo percebe!, Pesadilla se convirtió en un tiburón.



El gatito, convencido de que aquel mardecio de penco iba a ser de todo menos caballo, como era su deber, pensó escapar lo antes que pudiera, ya que, además, corría el riesgo de ahogarse, y, viendo una cuerda junto a sus garras, la echó el guante.



"Ya me salvé"—pensó el infeliz, que salía de Málaga para caer en Remalagón. Resultaba que el que había echado la cuerda era Butifarra, un habitante del país de los malos sueños, y, como tal, más malo que insultar en francés a un pariente próximo.



Butifarra, así que vió al gato, se relamió el hocico y exclamó con una voz de película de miedo: "¡Pero qué pesca más rica he hecho! A este gatito me lo comeré frito, pues hace ya muchos años que no como gato, y son mi debilidad".



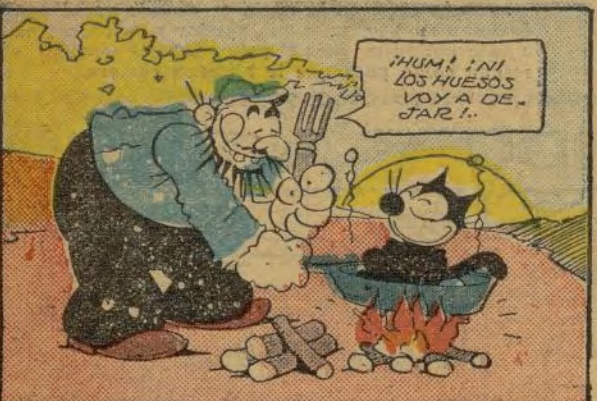
"Permita el cielo que si me comes, te atragantes con una tibia y te la tengan que sacar a lazo"—pensó Félix. Y mientras Butifarra se alejaba en busca de leña para calentar su sartén, el gatito pensó hacer algo para evitar el tuesten.



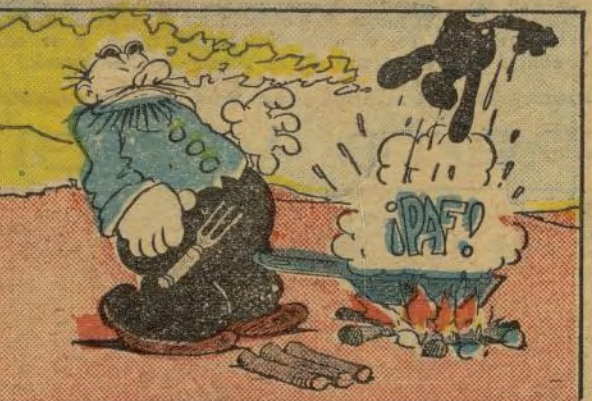
A pocos metros de allí crecían unas gigantescas mazorcas con cada grano de maíz que parecía una cabeza de niño de siete años, y el minino cortó, no sin gran trabajo, uno de aquellos frutos gigantescos, que arrastró hasta la sartén.



El angelito de Butifarra llegó a poco, sin darse cuenta de las mazorcas sobre las que Félix, sentadito, esperaba la muerte. "Debía usted de usar alcohol—le dijo, dando muestras de tranquilidad—: es más barato y no hace humo".



"No te preocupes—repuso Butifarra, admirado en su fuero interno del valor del gato—; la cuestión es que quedes bien asadito, y ya verás qué calentito vas a estar en mi tripa". "Y tu tía, de pesca—murmuró Félix, que a veces era un castizo.



Y cuando Butifarra afilaba el tenedor para mejor ensartar a su víctima, las mazorcas estallaron y Félix salió despedido, cruzando por los aires el brazo de mar que le separaba del país de los sueños bellos. ¿Dónde irá a caer?



No podemos saber dónde iba Félix. Lo que sí podemos asegurar es que por lo pronto se había salvado de Butifarra, a quien la explosión le había arrancado medio bigote. El gato, ya acostumbrado a volar, preparó el aterrizaje.

(Continuará)